

ALFONSO COMÍN, UNA VOZ VIGENTE
20 ANIVERSARIO

Josep Bigordà

No quiero jugar con las metáforas. Pero, cuando se me propuso intervenir en esta mesa con motivo del vigésimo aniversario de Alfonso, casi de forma inmediata me vino al pensamiento el título de un libro de Hanna Arendt, *Hombres en tiempos de oscuridad*. En el libro aparecen algunos personajes modernos (Rosa Luxemburg, Karl Jaspers, Isak Dinesen, Hermann Broch, Walter Benjamin, Bertol Brecht) y con ellos el de Angelo Giuseppe Roncalli, incomprensiblemente suprimido en la edición castellana. La selección de personajes la realiza la autora bien por la luz, viva o vacilante, que proyectan sobre la oscuridad o los tiempos oscuros, bien por la voz sonora o ronca, que se oye sobre el escenario sordomudo de muchas situaciones presentes. Hablar hoy de Alfonso como de una luz en tiempos de oscuridad o de una voz en un escenario mundial sordomudo, me parece absolutamente y literalmente apropiado.

De esta voz, quiero destacar el sonido armónico que transmite, como si se tratase de un acuerdo musical vigoroso, el encuentro de una praxi transformadora de la historia con el potencial revolucionario de la experiencia cristiana. El eco de la voz de Alfonso lo captamos evidentemente en la totalidad de su obra escrita —siete volúmenes, más de seis mil páginas— que equivalen a una partitura impresionante. Pero, por encima de la partitura, y con la intensidad que hace creíble la partitura, captamos este eco en su vida y en su persona.

Era abril de 1977 cuando Alfonso, en la introducción de su libro “Cristianos en el Partido, comunistas en la Iglesia”, escribía este convencimiento: “La encrucijada de la liberación se encuentra hoy en la confluencia del movimiento comunista y del potencial revolucionario de la palabra evangélica que, durante mucho tiempo, ha sido secuestrado e incluso históricamente enterrado”.

De entrada os invito a hacer una triple puntualización. Primera: la experiencia que recoge el libro contribuyó a desdogmatizar y desarmar la ideología antireligiosa del marxismo y a desconfesionalizar el compromiso político de los cristianos. Segunda: pese que los sistemas pueden envejecer e incluso caducar, las voces pueden continuar vigentes; enronquecidas quizás, pero vigentes. Tercera: el contenido del libro no solo expresa un nuevo fenómeno dentro de la historia contemporánea; también, revela una de las claves que permiten interpretar la última etapa de la vida de Alfonso. Y no solo esta etapa... El encuentro de una praxi transformadora de la historia con el potencial revolucionario de la experiencia cristiana representa mucho más que una etapa de su vida. A mi entender, con la sonoridad de este encuentro — potencial transformador/experiencia cristiana— es posible leer un itinerario muy coherente que de forma progresiva abrió y recorrió desde su etapa universitaria hasta el final de su vida.

Con esta afirmación, al apuntar un camino casi lineal en su biografía, podría generar malentendidos como estos: imaginar, por ejemplo, que su trayectoria fue tan inmutable que no conoció ningún sobresalto ni ningún progreso cuantitativo o cualitativo; o pensar que su personalidad fue de una estabilidad tan extrema que nunca registró tensiones ni conflictos... ¡Fuera, pues, los malentendidos!

Lo que sí es cierto es que de la forma como fue avanzando no es nada fácil encontrar rodeos destacables. En los pasos que fue dando, uno tenía y tiene la impresión de ver desdoblado aquello que germinalmente ya se encontraba en los gestos anteriores. Hay que decir también que, una de sus características más cautivadoras era la capacidad de asumir dialécticamente, con una psicología excepcionalmente fuerte y compleja, actitudes que no tan solo pueden ser mutuamente conflictivas sino que muy a menudo se convierten en contradictorias. No podemos olvidar una cosa, Alfonso era contemplativo y activo, artista e ideólogo, pensador y activista, militante de base y dirigente, comunista y cristiano, diputado y ciudadano...

Muy pronto, él presenta la marca de un cristianismo social, de acuerdo con la nomenclatura de la época. Esta marca deriva más adelante hacia el compromiso de cristianos por el socialismo y, sucesivamente, hacia la experiencia del encuentro dialéctico antes mencionado y subrayado.

En esta marca ejercen inicialmente una influencia decisiva dos nombres cristianos: Emmanuel Mounier i Charles de Foucault. De Charles de Foucault saca el apasionamiento por una experiencia cristiana, anticonvencional, desnuda y pobre, como la que le permite situarse a priori al lado de los oprimidos, en la búsqueda del Absoluto. La simpatía foucauldiana le hace consciente de la magnitud de la miseria que existe y de la urgencia de combatirla, siendo levadura dentro de la masa.

El pensamiento de Emmanuel Mounier lo reafirma en la convicción que la experiencia del cristianismo significa una inserción enérgica y luchadora, una aventura vigorosa de compromiso delante de la vida y de la sociedad, desde una arquitectura espiritual, religiosa y ética que no tiene nada que ver con la pasividad, ni con la evasión, ni con la dimisión: ni, en definitiva, con la alienación.

Las reservas de Mounier hacia el marxismo las supera Alfonso con una lectura crítica de Marx. Y así no acepta la descalificación sistemática de lo que es espiritual como si fuese lo mismo que reaccionario; ni comparte la exclusión de la interioridad y de la trascendencia como si no fuesen dimensiones constitutivas de la realidad humana. Y, en cambio, utiliza los métodos de análisis de la realidad que le ofrece el marxismo y sigue las vías abiertas para verificar políticamente su compromiso de trabajar para la construcción de una sociedad y de un mundo más justos.

La voz de Alfonso, impregnada de sensibilidad y combatividad cristiana y enriquecida con las influencias que he mencionado, habla de la realidad social, denuncia las esclavitudes que oprimen y desata las energías liberadoras. ¿Quién se atrevería a decir que una voz como esta hoy ya no es vigente?

Algunos de nosotros todavía recordamos —pronto hará 33 años— a Alfonso, de pie delante el TOP, en Madrid, el 16 de enero de 1968. Lo habían procesado, y lo estaban juzgando, por un artículo, publicado en el semanario católico progresista francés "Témoignage Chrétien". El artículo analizaba el referéndum franquista de diciembre de 1966, que había promovido el ministro Fraga Iribarne. Cuando el presidente del TOP preguntó al acusado si quería decir alguna cosa, respondió: "Una frase de Van der Meersch, leída ya hace tiempo, marcó mi comprensión de la labor del intelectual; una frase que dice: *La verdad, Pilatos, es ésta: ponerse al lado de los humildes y de los que sufren*". Esta frase —continuo diciendo— me ayudó a comprender que la verdad reclama tomar partido por los pobres, por los oprimidos, por los perseguidos; (y me ayudó a comprender) que el servicio a la verdad pide comprometerse a su lado".

Cuando Alfonso murió, el 23 de julio hizo veinte años, escribí en el semanario "L'Hora", que "con su muerte no podía desaparecer la fuerza de un hombre cautivador y luchador, que configuraba el perfil y el carácter de un auténtico profeta". Y esta voz profética queda siempre vigente. Es la voz del hombre profundamente comprometido

con las peripecias de la historia que las sabe leer con energía creadora y transformadora.

De su vigencia quiere ser testimonio la labor que, desde hace 17 años realiza la Fundación que lleva su nombre, con el compromiso de tener como punto de referencia ineludible las opciones de Alfonso y su radicalidad. Lo podéis comprobar si repasáis la labor realizada: a) la publicación de la obra escrita, b) los seminarios y las conferencias sobre la geopolítica más interpeladora de cada momento, c) el reconocimiento, con el Premio Internacional Alfonso Comín, de las personas y causas, donde se detectan chispas u hogueras de lucha contra las discriminaciones, las xenofobias, los racismos, las guerras...

Termino. La era de la globalización, que nos toca vivir, tiende a disfrazar las realidades y a desacreditar y volver afónicas o roncadas las voces que denuncian la no globalización de la justicia en nuestro mundo. Entonces, el esfuerzo de mirar la realidad actual sin prejuicios, y sin las trampas que nos pone la idolatría del mercado, nos hará reencontrar y reconocer la vigencia de una voz que arranca de las vibraciones más auténticas y más exigentes, como la de Alfonso Comín.

Y si es verdad, que lo es, que su voz es una voz profética, una respuesta hecha historia personal en momentos de crisis, quiero añadir. El mejor homenaje que se puede hacer a una voz profética es hacerle caso. ¡Gracias!